



Dignidad é impudencia.

En una labradora un perro de ganado y un gosquecillo, los cuales moraban en el mismo nicho. El enorme perro, apoyado sobre sus robustas patas como un leon, miraba pasar ante si los hombres, los niños y los ganados con la calma de la fuerza; el gosquecillo al contrario, aranzaba arrogante su cabeza al menor ruido de pasos, gruñia desde que aparecía una sombra, y ladraba al primero que llegaba.

Un día, uno de los caballos de labor, que volvía fatigado, al oír con impaciencia sus gritos.

— Por qué, dijo, el vigoroso perro que nos guarda á todos se está allí tan reposado y tan tranquilo, en tanto que este imprudente no cesa de atorrarnos?

— No se admire de eso, respondió un buey que rumaba á algunos

pasos del nicho, las verdaderas capacidades se recomiendan bastante por sus servicios sin tener necesidad de mover esos estúpidos; pero los necios inútiles arman escándalo porque no pueden hacer otra cosa.

¿Qué de hombres representan en esta vida el papel del gosquecillo!

Gritan porque no tienen la voz bastante fuerte, insultan porque se sienten menospreciados, enseñan los dientes porque tienen miedo de que los apaleen! La impudencia es la miseria de los débiles como el desden es la de los fuertes. Obsérvese bien, y en el fondo de todas esas insolencias sin pudor, se hallará solo el desprecio de un impotente orgullo. Tengamos todos la estatura de Goliath y nadie volverá á esguirse sobre la punta de los pies.

Bien sabemos que existe otro medio más seguro: la resignación modesta acepta la parte distribuida por Dios, se contento con el lugar obtenido, se coloca en él sin promover el menor ruido. Pero no á todos les es dado obtener en esta vida ese don de abnegación y de paciencia; para obtenerlo, es preciso desprender las miradas de las cosas de la tierra y buscar mas arriba un objeto que no dependa del juicio de los hombres. Para el que mira la sociedad como una casa de comercio, cuyos intereses deben ser saldados con poder, con oro ó con placeres, no puede ser la vida sino una escuela de egoísmo, de exigencias y de orgullo; pero el que se esfuerza á mirar en ella una prueba, en lo cual se revela el verdadero valor de nuestra alma, aquel se someterá sin murmurar al destino que le ha cabido, porque comprende que la gran ley del mundo es la abnegación.

UNA CORRIDA DE TOROS EN LISBOA.

There is the crowd, there for they fear;
Young, old, high low, around the same diversion share.
CANTO ROMANTICO ESTABANACE
LIXXO THE FIRST, LXXI.

¿Cuál viene esto á indicarnos querremos
en líneas verdaderas
si estos sus juegos son y su alegría?
SONATA (D. N. S. S.)

¿Por qué la pintoresca Lisboa, cuna encantada de Vasco de Gama y Camoes yace olvidada de nosotros ahí á orillas del Océano, de cuyas olas parece haber salido rica de mármoles y flores, como una ciudad de las *Mil y una noches*? ¿Por qué apartamos con desden los ojos de ese paraiso, que ha sido la mas rica joya de la corona de Castilla y que encierra las esperanzas de nuestra futura prosperidad? ¿Por qué esa reina del Tago embellecida por la mano de Pomboal y poetizada por el inspirado Almeida Garret, no ha tenido un Jory que describiese sus costumbres, sus monumentos y sus jardines? ¡Ah! por lo que á nosotros toca, viene ya de muy antiguo y pasa de padres á hijos, cierta propensión fatal á consumir nuestras fuerzas en empresas estériles, abandonando las útiles; y los Lusitanos no han cooperado menos activamente á esa indiferencia mútua, que nos aniquila, con sus hermosos y deslumbradores sueños de nacionalidad. La lección que entrambos hemos recibido ha sido amarga; ellos pasando á ser colonos del Reino Unido y nosotros descendiendo al último escalon en la gerarquía de las naciones europeas.

Estas reflexiones me sugirieron mas de una vez el pensamiento de describir, en una serie de artículos, esa corte tan alegre y tan risueña que algun dia me ha hecho parodiár aquellos versos de Boileau:

*Lisbonne est par un peuple un pais de cocagne,
Sans sortir de la ville il trouve la campagne.*

Y hubiera llegado á cabo mi propósito si no fuese demasiado atrevido escribir en ese género de literatura despues de Figaro y del Curioso Parlante. Sin embargo, no siendo la timidez y la modestia los defectos de los que hoy pertenecemos al proletariado de la pluma, resolvíme al fin á echar á volar este artículo que yo considero desde ahora como una astilla muerta, arrojada en esa inmensa boquera que van consumiendo todas las obras de este siglo, y de cuyas cenizas tan raras elucidaciones realizarán en los tiempos venideros el fabuloso renacimiento del fénix.

Solamente debo advertir, por lo que pueda importar, que lo que voy á referir es un trasunto fiel y verdadero de lo que yo he visto y presenciado; y hago esta salvedad porque la fiesta de toros es uno de los cuadros mas difíciles y delicados para un pintor de costumbres, pues desde el famoso Rui Diaz de Vivar que atacó los toros á caballo hasta nuestro contemporáneo el célebre Montez que conversa con ellos, han manejado ese asunto poetas, historiadores y filósofos con tal abundancia de datos y con tanta riqueza de invención que es harto difícil imitarlos.

Mi buena ó mi mala estrella quiso que al llegar yo á la corte de María de la Gloria fuese á hospedarme á una fonda donde vivía cierto literato llamado Dionisio Sousa Magalhães Loureiro. Y antes de pasar adelante me permitirán mis lectores que diga dos palabras sobre la vida y milagros de esta notabilidad portuguesa, porque así conviene á la aclaración de algunos pasajes de nuestra verdadera historia. La envidia, la mordacidad y la calumnias han llegado en cierto envenenado en la reputación de Dionisio Sousa, así como en la de todos los que han disputado en la república de las letras; pero yo, que á fuer de imparcial, doy al César lo que es del César, debo confesar que se asemeja en más de cuatro cosas á muchos escritores justamente cele-

bres. Algunos desalmados periodistas, sabiendo que desciendo de un carnicero le han echado en cara su linaje, como si pudiera ser falla en él lo que nadie osó vituperar en Shakspeare; otros han creído injuriarle recordándole que habla sido lacayo; los cuales sin duda ignoraban que Bousseau ha llevado la fibra de la condessa de Veretis. Hubo quien se movió de él porque es tuerlo como Camoes y cojo como lord Byron, pero con tanta malicia que ni la triste figura de Juan Ruiz de Alarcón fué blanco de mas epigramas. Lo cierto es que á imitación de Sofocles ha dado á la escena 120 tragedias, que por lo silvadas se parecen al Pedro de Ralme; y aunque no faltó quien le acusara de plagiarlo y le calificara de loco, todos sabemos que tambien se ha dicho lo primero de Aristofanes y lo segundo de Cristóbal Colon. Respecto á bienes de fortuna, pienso que no disfruta de sobradas comodidades, pues si bien no tengo noticia de que haya sido preso por deudas como Bacon, en escasez de metálico y en abundancia de necesidades pudiera apostárselos al mismísimo Miguel de Cervantes Saavedra.

Sucedió, pues, que nos conocimos y que no tardamos mucho en estrechar nuestras relaciones, brindándose él con la galanteria proverbial de los hijos de su país á servirme de Ciceroné. Acepté el ofrecimiento, y empezamos nuestras observaciones por la plaza de toros, que por ser toda de madera me trajo á la memoria el abandonado hipódromo de esta corte. Al ver la animacion de la multitud apiñada en paleos y tendidos, me hubiera creído trasladado á Madrid ó á Sevilla, si la falta de la airosa mantilla en las mujeres y la pesada y larga capa que la sustituye no viniesen á desengañarme. Despues de tomar asiento en un banco bastante próximo á la barrera, lo que primero llamó mi atención fué la ausencia de la clase artesana que en el Medio-dia de España sacrifica el trabajo de un día y el sustento de dos ó tres para asistir, como juez inteligente, á ese sangriento espectáculo que nos han legado los árabes. Rompió la orquesta con el himno de Riego, cuyas notas hacen siempre latir con violencia todo corazón español; y aquí debo referir de paso una circunstancia curiosa y significativa que una tarde he advertido, no sin asombro, en los teatros de San Carlos, de María II y del Gimnasio. En tanto la música toca ese himno, el público todo, sin distincion de sexos, se pone en pie. Singular homenaje tributado á las instituciones que simboliza y á la nacion humillada en Aljubarrota! Esta costumbre, que nos revelaba las simpatías del pueblo Lisbonense, habrá sido probablemente abolida con la repaeracion en el poder del conde de Thomar.

Cesó la música, sonaron los tímбалos, y la cuadrilla formada entró en el circo, según antigua usanza, á saludar al presidente. Sorprendiome el ver una mula ricamente enjaezada y conducida por dos negros, y tuve mucha curiosidad de saber lo que contenían dos cajas tan largas y estrechas que sobre sus lomos sustentaba. Afortunadamente presto salí de la duda, porque el señor Sousa que sin duda comprendió mis deseos, se apresuró á decirme que ninguna de aquellas cajas era la de Pandora sino simplemente dos arcas llenas de rejonas y banderillas. En efecto el que presidia la fiesta arrojó una llavecita á la plaza, y las misteriosas urnas fueron abietas y descubiertas en presencia de todos. Retiráronse nuevamente negros y lidiadores, quedando solo y dueño del circo un ginete vestido á la antigua española, que nos entretuvo muy cerca de tres cuartos de hora haciendo salidas en todas direcciones. Montaba un gallardo alazan, de cabeza pequeña y erguida, ancho pecho y larga cola. Acostumbrado como estoy á ver en las corridas de mi pais cuádragos tan ruines que no los quisiera un gilano, extrañame que así espusieran la vida de aquel precioso animal; y creció de todo punto mi asombro, cuando vi las siguientes palabras que con cierto énfasis me dirigió mi Cicerone.

- Ese pobro pertenece á las caballerizas de S. M. el rey Fernando.
- ¿Pues qué! repuse yo, ¿en tan poca estima tiene el rey sus caballos?
- Eh! se conoce que no ha visto V. lidiár á nuestros toreros. Ese caballo no corre el menor peligro guiado por tal ginete.
- Sin embargo, repliqué, esta es una funcion hábara, y el que dirige el estado, ya que no pueda prohibirlos no debe ser el primero á sostenerlos.

—Que eso diga un español, me contestó precipitadamente, es cosa que yo no acierto á explicarme. La tauromaquia ha sido ajerrada en Castilla, hásta hace muy poco tiempo, por la nobleza que la consideraba como un medio de poner á prueba los ánimos esforzados, y no degeneró en entretenimiento vil y deshonesto sino por haberse convertido en oficio de gente ruin y villana. Don Fernando Pizarro no fué menos admirado de sus contemporáneos por rejonador valiente que por conquistador del Perú: el duque de Medinaceli mató, en celebracion de las bodas del imbécil Carlos II, dos toros de dos rejanzos: el emperador Carlos V mató otro de una lanzada en la plaza de Valladolid, y Felipe IV luchó con ellos en distintas ocasiones.

Aquí llegaba con su disertación el huano de Souza Magallanes, cuando un clamoreo universal nos advirtió la entrada en la plaza de un toro pequeño, corni-abierta y embolado pero tan ligero y acometedor que parecía salamanquino. Quedó suspensa el concurso, púsose en guardia el ginece lidiador y todos los ojos se fijaron en él: salir al encuentro á la fiere disparada, clavarle el rejon en la cerviz quedándose con la mitad en la mano y sacar el caballo de entre las astas deo y pisfando; fué todo obra de un segundo. Recibió otro rejon de manos de un negro; y el toro bramando de ira y bañado en sudor se emplazó: inclinó el hocico hasta la arena, escurbiéndola y arrojándola sobre la espalda con su ardiente resoplido y se retiró algunos pasos encarádo siempre al caballero que, aborrido de tanto esperar, emprendió un medio galope sobre el costado derecho y le clavó el segundo rejon con igual maestría y acierto. Resonó un aplauso general y prolongado; y Souza Magallanes que no era de los que con menos entusiasmo palmoteaban, exclamó lleno de orgullo: — Qué tal! no decía yo bien que el caballo no convertiría ningún peligro? Yo lo creo! como que quien le monta sabe de cabo á rabo las reglas de torear escritas por el caballero don Santiago Bonifaz, tiene en la punta de la lengua las advertencias para *torsar* que publicó en Madrid á últimos del siglo XVII don Gregorio de Tapia y Salcedo, caballero de la orden de Santiago, y no falta quien asegure que posee el único ejemplar, existente hoy en el mundo, de las reglas de torear compuestas por don Diego de Torres.

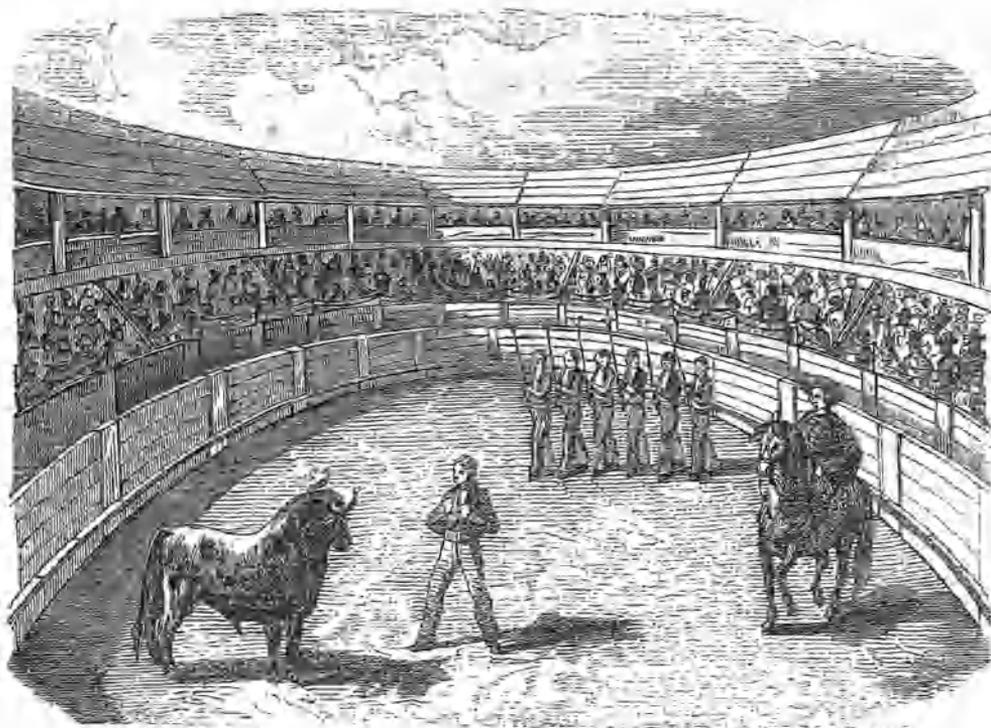
Iba yo á contestar á mi interlocutor cuando se lanzaron al circo algunos banderilleros que á tiro de ballesta revelaban ser españoles y de la tierra de Maria Santísima: con lo cual está dicho todo, y de sobra se entiende que cargaron de leña el vichó á su sabor. Concluida esta suerte, vimos algunos toreros irse colocando en dos filas al pie de la barrera, armados con picas mo y parecidas á las horquillas que aquí se usan para conducir los santos en las procesiones. Divisóse el toro, y ciego y enardecido con el punzante dolor de las banderillas acomet-

tió aquella pequeña muralla de picas, que permaneció inmóvil como si fuera de hierro: retiróse para cobrar mayor impulso y arrebató segunda vez con tal furia y tenacidad que los del grupo se vieron precisados á tomar el olivo dejando sobre el campo sus armas abandonadas. En aquel momento se oyó un grito unánime que se alzó de todos los asientos como una sola voz: ¡á una! ¡á una! Yo que soy un tanto aficionado á todo lo que sea gresca y alboroto, uní toda la fuerza de mis pulmones al tumultuoso coro para repetir con la multitud ¡á una! pero por más que cavilaba no comprendía el significado de tales palabras. Pregunté á mi amigo Sousa lo que el público quería, y qué era lo que demandaba con tan descompuestas voces.

—Lo que el público pide, me respondió, es una suerte jamás vista en España, y bastante para acreditar el valor de los mores vencidos portugueses: suerte que consiste en luchar cuerpo á cuerpo con el toro, sin otras armas que las naturales, hasta derribarle. Ve V. ese hombro de pantalón y chaqueta de tela listada, faja á la cintura y pecho descubierta? pues es un nuevo Theseo que va á vencer á ese Minotaura, sin tener otro hilo de Ariadna para salir de tan intrincado laberinto que sus puños y sus piernas.

Preséntame algo brutal el pugilato, y sin embargo me guardé de contestar una sola palabra porque temí, con sobrada razón, que habría de lastimar el orgullo nacional del señor Dionisio Sousa, Magallanes Loureiro. Este género de espectáculos, pierde en barbarie en proporción que el hombre entra en la lucha haciendo uso de su superioridad intelectual. Los indios del Orinoco lidian con los caimanes pero esperando vencerlos á fuerza de destreza y sagacidad. Pelear con una fiere, errados los ojos y confiando únicamente en el valor es equipararse á ella. Montes ha dicho en su *tauramaquia* que un lidiador que practica las reglas del arte, no puede ser cogido; y esta es la mejor defensa que cabe hacer de las corridas de toros.

En efecto, el que Magallanes calificó de nuevo Theseo salió al medio del circo llamando con voces y palmadas al toro; esta le observó



Una corrida de toros en Lisboa.

algunos segundos, arrojándole en seguida con tal furia que todos le vieron caído muerto. Grande fué mi sorpresa al ver entre una nube de polvo, columpiarse fuertemente asido de las astas al temerario lidiador. El bruto sacudió su cabeza con una violencia tal que bastaría para levantar veinte arrobas del suelo, sin desprender de él á su sucesor adversario: emprendió la carrera sin direccion fija, y despues de algunos minutos logró echar por tierra su molesta carga, excitando un aplauso general de la multitud que parecía complacerse en la agonía del malparado torero. Corré los ojos horrorizado, haciendo voto solemne de no asistir otra vez en mi vida á tan feroz diversion; á tiempo en que Sousa que había malado mi emoción se espresaba así: — No es este el primer punto que rinde homenaje á ese sacudido; en Egipto se adoró á Apis bajo la forma de un toro. Y el animalito que V. ve ahí se merece un culto más: cuando llevaba

á aquel gandul en las astas se asemejaba á Júpiter robando la hija de Agenor.

Tales desatinos hicieronme sonreír y fijar los ojos nuevamente en la fiere, entonces rodeada por todos los que momentos antes, la habían detenida con sus picas al pie de la barrera. ¿Habeis visto alguna vez un toro acosado por media docena de perros que se cuelgan de su cuello, de su cola y de sus orejas, y le fatigan hasta derribarle? pues esa es la sutil suerte que aquellos hombres hicieron, y la que piden los lisboenses al gritar ¡á una! Cuando al animal perseguido, golpeado y mordido le faltaron sus ya flacas y desmayadas fuerzas, dejóse caer lentamente en medio de los alaridos de aquellos salvajes y de la gritería del público. La fuerza bruta de los diestros había superado á la del toro; y tan pronto como triunfo bien merecido se celebró por un pueblo culto! Ah, exclamé yo, Jovellanos no ha

escrito exclusivamente para España en *Parí y toros*! No obstante, es justo confesar que las corridas de toros en Portugal son menos repugnantes que en nuestro país. Jamás se ofrece á la vista del espectador el horrible y asqueroso cuadro de un caballo que al galopar arastra y con sus propias tripas, jamás se mancha con sangre la arena; lo cual bastaría para hacer más tolerable entre nosotros esa bárbara diversión, porque las costumbres de un pueblo habituado á preacuar arenas sangrientas se endurecen y pervierten.

Estó lo que otro toro: volvieron á rejonearle y á ponerle banderillas y á echarle la *uña*; y así prosiguió la fiesta sin mas novedad que la representación de algunas pantomimas muy comunes en nuestras corridas de torillos. Recordó que se colocó un columpio en medio del circo con cuatro caballos de carton; sobre los cuales montaron unos tantos negros armados de largas picas, y que en seguida se saltó un toro, siendo consiguientes los saltos y los sustos y las cogidas, que tanto excitan la risa de los gentes, y que son, por decirlo así, la sal de estas inocentísimas funciones.

Ultimamente, y cuando ya la noche se aproximaba, hubo sus juegos artificiales, que se van convirtiendo en un final obligado de todas las corralas, lo mismo en el reino vecino que en el nuestro.

A todo esto mi Cicerone no dejaba de hablarme, trayendo por las pelos algunas comparaciones mitológicas, citando trozos de Homero, y ensartándome en fin tales sandeces que creo hacer un obsequio á mis lectores en no referirselas. Por otra parte como es probable que otra vez aun volvamos á ocuparnos de él, ocasion tendremos de cite hasta la saciedad.

A. ROMERO ORTIZ.

ESTUDIOS

SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

PROLOGO INTERCALADO.

Tentó nos entretejer el pasado cuento, que por aclamación decretamos emplear las tardes todas de la misma manera que las tres anteriores. Hubo don Antonio de corazón de la idea; mas no por eso dejó de aceptar la presidencia de nuestra *sociedad de los consejos*, que así la apellidamos desde entonces, y aun de exigir con escrupulosa severidad las libras de dulces que, por vía de multa, se imponían á los socios, cuando, sin razon conocida ó con percha notoria, faltaban á la reunion, ó dejaban pasar largo tiempo sin dar alguna muestra de su talento como narradores. Hicieronme á mi secretario, cargo pesado en toda asamblea, y más en aquella, pues era de mi obligación llevar cuenta con el orden en que á cada cual tocaba hacer su relacion; amen de tomar nota y redactar las anécdotas y cuentos que la mayoría juzgaba dignos de memoria; pero confieso que llevaba con paciencia aquel trabajo, con tal de eximirme del de contar yo tambien mis cuentos, tarea que me agradaba mucho menos que la de oír con atención los de mis amigos. Tal es el origen de la serie de estudios sobre las costumbres españolas que me propongo publicar, y á que he dado principio con él que los lectores supongo conocen ya. Una palabra, y termino este párrafo de prólogo: siempre que crea necesario referir algunos de los diálogos que entre nosotros meañaran, me contentaré con indicar el nombre de los interlocutores, como en los dramas se hace, evitando así la eterna repeticion del *dijo fulano*, respondió, replicó, repuso citano, etc., etc.; *stem mar*, añadiendo tambien mi persona intervenga en la conversacion, llamaréme el redactor; y con esto, amados lectores, proseguid si os place, y en caso contrario avisad, para que ni vosotros ni yo perdamos el tiempo.

¡Cuando el río suena!

I.

ESTADA EN EL MUNDO.

Don Diego. ¡Cuando el río suena!... Yo no digo que la opinion pública sea infalible; pero pocas veces dejan de tener fundamenta sus juicios sobre las personas.

Don Antonio. La opinion pública extranjera, no pocas veces, así lo bueno como lo malo.

Alfonso. Y lo peor del cuento es que suele el público acabar por salirse con la suya en lo malo que de un sujeto dice, si en él se ovelina.

Don Diego. Eso digo yo: cuando el río...

Alfonso. No señor, no es eso lo que quiero decir.

Don Diego. Amigo, Vd. hace conmigo lo que el raton de la Biblia con el gato; y dice despues de haber alabado una prenda: «¡Ola! ¿La biesta es? Ya no me gusta.»

Estamos diciendo las mismas palabras; y, sin embargo, ¡prelone de Vd. que no vamos conformes!

Don Antonio. Señores, no haya disputa ó intervendrá el presidente.

Alfonso. No permita el cielo que haya disputa entre nosotros, no señor; pero, en efecto, no nos hemos entendido, porque....

Don Diego. Porque soy yo quien hablo.

Alfonso. No tiene V. razon en creer tal de mi buena amistad....

Don Antonio. Basta, señores, basta; que se hace tarde; ¿A quién le toca hoy el turno?

El Redactor. A don Alfonso.

Don Antonio. Pues manos á la obra, Señor oficial.

Alfonso. De buena gana; aunque no sea mas que para probarle al señor don Diego que mi opinion sobre la materia que discutíamos, estaba formada antes de oír la suya; y que por consiguiente....

El Redactor. Al cuento, al cuento....

Alfonso. Sea pues.

Y en efecto, tomando asiento en un sillón, que al lado de la chimenea y en frente al de nuestro don Antonio se le reservaba siempre al orador, comenzó Alfonso á decir, con mas señales de ruboroso embarazo que de su profesion y carácter pudieran esperarse:

«Voy á referir sucesos en que he sido actor principalísimo; así pues, verdad por la menor habrá en mi narracion. Los nombres propios son los únicos que alteraré, y ruego á aquellos de los presentes que reconocieren á alguno de mis personajes, á pesar del disfraz con que deseo encubrirlos, que me guarden secreto.»

—«Cuando sallé de la casa de pages de S. M. á la edad de 18 años, no cumplidos, servia en el mismo regimiento de caballería ligera á que fui destinado, y en clase de capitán como yo, un caballero madrileño, persona de tan buen parecer como equivoca reputacion. Estó, sin embargo, requiriere explicarse. D. Carlos, que así se llamaba, era de gallarda figura y agradable rostro, si bien un cierto aire, entre burlon y desdenoso, hacia que desde luego se le mirase con desconfianza; gastaba mucho, mas no tenía deudas, porque su patrimonio era cuantioso; jugaba, pero por placer, no por interés, pues, en efecto, cuando perdía no se picaba, y sus ganancias, sobre ser raras, mas eran para la torba parásita que en los gazapones vive del *alabo*, que para su bolsillo. Su valor era conocido, y su generosidad no dudosa. Si añado que, como oficial, era irreprensible, y como capitán, daba con su compañía ejemplo á todas las del cuerpo, me preguntarán Vds. señores, por qué dije que su reputacion era equivocada. No sé en verdad qué responder; mas procuraré explicar á Vds. ese enigma, en el relato que me propongo hacerles. Al llegar al regimiento fui, como era de mi obligacion, á presentarme á su coronel, respetable veterano, que desde la clase de cadete habia subido escalon por escalon, y ganado empujada á cuchillada todos sus empleos; y que, por consiguiente, no podia menos de recibir con cierta prevencion á quien, como yo, entraba en la carrera con una graduacion que á los veinte años de servicio era aun para él una esperanza.

Sin embargo, como le hablé con todo el respeto debido á sus galones, y con la deferencia que sus honradas canas me inspiraban, á la media hora de conversacion renunció aquel generoso militar á sus preocupaciones; y aun acabó por tratarme con paternal téndura.— Parece que V. es cónsul, —me dijo al despedirme, — y no trae la cabeza tan llena de viento como la han traído otros señoritos de Madrid que tengo en el regimiento: mas vale así. Supongo que le habrán enseñado á V. la ordenanza... ¿Si? pues entonces con observarla estamos del otro lado: Allí está todo, todo; y el que la sabe bien y la obedece exactamente, no necesita mas retóricas para ser buen oficial... Ahora habrá dinero fresco, ¡eh! cuenta con el jugo, caballero, cuenta con el juego: va V. á administrar los caudales del Rey... — ¡Mi coronel! — repuso yo, — mas encendido que una grana. — Bien, bien. — prosiguió el veterano; — torres mas altas han caído; y alguna vez el pan del soldado... Cuenta con el juego, digo: allí se empieza por dejar la piel y se acaba arrojándosela á los demás. Otra cosa. ¿A V. le gustarán las hijas de Eva? Vamos, ya se nos ruboriza la doncellita con charreteras: no hay para tanto; á todos nos han gustado. Portarse con ellas como hombre de bien: hablarles claro al principio, y luego no tendrán de que quejarse, si no hay *casaca*. Cuideme V. los caballos de su compania: eso antes qué todo. ¿Estamos, señorito? En punto á amistades, pocas. Ea, á correrla... Pero, oiga V.: no todos los oficiales del regimiento son buenos para tratados con intimidad... En el servicio no tengo amigos, fuera de él, soy uno de tantos, un compañero. A mas vera. — He repetido estó prolija atenga porque pinta al hombre; y porque tant

Impresión me hizo lo que relativamente á los oficiales del regimiento me dijo el bueno del coronel, que al salir de su casa, me fué en derecha á la del otro capitán (Mendoza le llamaremos), á quien mi familia me había recomendado, moviéndome mas que el deseo de verle, el de que me explicase las enigmáticas palabras de nuestro jefe.

—Lo que el coronel ha dicho á V., —contestó Mendoza á mi pregunta, —alude indudablemente al capitán don Carlos de Sotopardo, de quien se apartan todos sus compañeros en cuanto pueden sin desairarle, cosa que á mi entender no consentiría él. —¿Pero y por qué se apartan? —pregunté. —Porque... Yo acabo de llegar al cuerpo puede decirse, y difícilmente se lo explicaré á V... Todo lo que he observado se reduce á que don Carlos no se intimina con los demás oficiales; se burla, ó tal parece, del género humano; tiene á cara descubierta vicios que otros ocultan cuidadosamente; trae poca en la virtud de los hombres, menos en la de las mugeres, y desprecia soberanamente la opinión pública. En el cuerpo de guardia no se le ve mas que cuando está de servicio; en el paseo siempre solo; en las tertulias las mugeres, cuya edad pone su reputacion al abrigo de toda mancha, ó aquellas que tienen tantas en la suya que una mas ó menos les importa poco, son las únicas que con él pasan del saludo indispensable. En el juego es espanto de tahures, protector de novicios, y amparó de arruinados; pero las pocas veces que gana lo hace con tal extremo de fortuna, mira con una insolencia al banquero si apunta, á los puntos si falla, que realmente provoca y hasta insulta con los ojos. Por fin, la sala de armas está desierta el día en que don Carlos toma el florete ó el sable, porque, sobre no tener rival en ninguna de las dos armas, á los cinco minutos de tirar se inflama y anafora de suerte que una coraza bastara apenas para resistir sus reiterados y furibundos golpes. No hay potrillo cervil que no domén sus piernas, ni baratero que no le tiemble, y en resúmen á fin de que V. comprenda cual es su posición en el cuerpo, le diré que para distinguir á Sotopardo de mí, que tambien tengo el nombre de Carlos, le llaman á él Carlos el malo. Confieso que no comprendo gran cosa del origen de esa denominacion poco grata. A decir verdad, yo creo que las señoras son los principales enemigos de don Carlos, quien las tra-

ta en general con tan poco acatamiento, que acaso justifica su odio. —¿Y V. como está con él? —Ni bien ni mal; nos saludamos cortésmente, y aquí paz y despues gloria. Soy casado, circunstancia que me aisla hasta cierto punto de mis compañeros; y por otra parte mi mujer... pero aquí la tenemos y ella dirá á V. lo que hay en el particular.

Entró en efecto en la sala donde estábamos la muger de Mendoza, señora tan linda como amable, de finos modales y mucho de eso que hemos dado en llamar *mundo*, y pudiera traducirse por costumbre de tratar gentes. Luego que su marido me presentó á ella diciéndome que iba recomendado por mi madre que era muy amiga de la suya, añadió: —Hablabamos Matilde, de Sotopardo, ¿D. Don Carlos el malo? —preguntó la dama; y luego dirigiéndose á mí —¿Cómo! ¿Ya le conoce V.? —No señora, —respondí; —pero deseaba saber... —Es cuento largo, amigo mio, muy largo. ¿Y viene V. recomendado á él? —No señora. —Lo celebro, porque seria relacion peligrosa para un jóven que entra en el mundo. —Vamos, Matilde, vamos, —interrumpió Mendoza; —esa es mucha severidad. —¿Los hombres siempre defendiéndose unos á otros; si hiciéramos nosotros lo mismo! —¿Ay de nosotros! —exclamó el marido. —¿Quién viviria tranquilo si la liga entre dos mugeres pudiera durar un mes siquiera? —Bien, bien, de eso hablaremos en otra ocasion; pero ahora lo que importa es que el señor, pues que es hijo de una amiga de mamá, y como tal tiene derecho á nuestra amistad esté prevenido; don Carlos es un hombre peligroso para un jóven; y seria lástima ó que perviniese al señor, ó que presentándole en la sociedad bajo sus auspicios, le hiciera pasar como su pupilo ó cosa así. Y le advertiré á V. que no hay cosa que tanto le guste como el darse aires de pedagogo (aquí la sangre se me subió al rostro, porque entonces solo contaba 18 años de edad). V. no es un niño, —continuó la diestra oradora; —pero él tiene maña bastante para persuadir á las gentes de lo contrario... Luego debo añadir que ninguna muger decente quiere escuchar media hora á un amigo de Carlos el malo. ¡Jesus, Dios me libere!

(Se continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOUSA.

UN CUENTO DE AMORES.

ESCrito

POR D. JOSE ZORRILLA

Y

D. JOSE BERNABÉ GARCÍA DE CUBEDO.

Escuchábala embelido
Con intensísimo gozo
El aventurero mozo
De su entreabierto balcón
Sin reparar de la noche
En el meano rocío,
Y en el aire húmedo y frío
Propio aun de la estación.

Escuchaba él y seguía
De sus armónicas frases
Los melódicos compases
Y maestra ejecución;
Y cuanto mas escuchaba
Aquel acento encantado,
Mas se creía engañado
Por una vana ilusión.

Escuchaba, y comprendía
Mas claro á cada momento.
Qué aquel primoroso acento,
Y aquel sentido cantar,
Rebosando de armonías
Y poesía galana,
De una garganta villana
No se podía lanzar.

No es ese el canto monótono
Cuya armonía sencilla
De los campos de Castilla
Rouca entona el labrador:
No es esa la endecha toscana
Que alza en la fiesta campesina
El labriego, al son silvestre
De la gaita y el tambor.

Es el cántico suavísimo
De una voz rica, argentina

Que vibra, gorges y trina
Con limpieza sin igual;
Canto profundo, inspirado,
Tierno, sonoro, vibrante,
Que oye absorto el examinante
Por su bien ó por su mal.

Y elevado en una escena
Que embellecen la oportuna
Tranquila luz de la luna,
Del misterio la ilusión;
Parece un himno celeste
Por un angel entonado,
Y en el aura acompañado
Por las harpas de Sion.

Tal lo juzga el forastero
Que embobado lo escucha,
Mientras con la fuerza lucha
De su mágica impresion:
Y tanto al cabo se hechiza
Con el cantar peregrino,
Que al impulso repentino
De curiosa impresion:

Abrió el balcón entornado,
Mas con este movimiento
Cuanto logró, en un momento
Perdió la necia ambicion:
Por que notando sin duda
Su presencia impertinente
Cesó repentinamente
La misteriosa cancion.

Volvióse desconsolado
El forastero á su lecho,
El pensamiento ocupado
Con la música que oyó.
Y las de inquieto desvelo
Que agitaron alhaguenas:
Nil imágenes risueñas,
Cansado al fin se durmió.

Y alto estaba ya el sol del nuevo día
Cuando el mancebo despertó, al sonido
Del acento del viejo, soacido,
Que á llamarle venia.
El mozo de la cama saltó al punto

Y entrando en la cámara el anciano,
Las ventanas abriendo,
Al mancebo gentil tendió la mano:
Plática tal los dos entreteniendo.

EL VIEJO.

Acaso no habrá sido
Tan comodo mi lecho
Como en el que á dormir estareis hecho
Mas en fin; como en él habeis dormido?

EL FORASTERO.

La dulce paz y hospitalario techo
Señor, de vuestra casa
Solo comodidades me ha ofrecido

EL VIEJO.

Perdonad que en estancia semejante,
De la parte que habitó tan distante
Os haya así alojado;
Que el edificio está tan mal tratado
Que no pude en los cuartos de adelante
Sitio hallar para vos acomodado.

EL FORASTERO.

Mucho tiempo hace ya, y os lo aseguro
Que noche no gocé tan deliciosa:
Y al aposento hallé de tal manera
Que si preciso caso me obligara
Esta casa á habitar, yo os suplicara
Que vuestra autoridad me permitiera
Que en él siempre habitara.

EL VIEJO.

Sin que ese caso y precision viniera
Yo os lo ofrezco de grado:
Permaneced el tiempo que os pluguiere,
Que en ello seré yo siempre el honrado.

EL FORASTERO.

No plazca á Dios, que por antojo mio
Molestia os ocasiona:
Yo os lo agradezco, pero parto.

EL VIEJO.

Fio
Que si á emprender volveis en tiempo alguno
Por estos pobres valles otro viaje,
Y os hace otra vez falta un hospedaje,
No olvidéis que aquí siempre tenéis uno.

EL FORASTERO.

Y yo á mi turno fio
Que el habitado espacio
De este antiguo palacio
Recuerde alguna vez el viaje mio.

EL VIEJO.

Si, á fé! Mas el almuerzo preparado
Nos aguarda.

EL FORASTERO.

Y Brillante impacientado
Tambien el suyo aguardará.

EL VIEJO.

Servida.

Lo fué ya su ración.

EL FORASTERO.

¡Tanto ruidadof

EL VIEJO.

Obligacion no mas da huéspedes. Ea!
Venid, que todo al fin se hará á medida
De vuestra voluntad, á lo que creos:
Y aunque mas pronta acaso
De lo que apeteciera mi deseo,
Yo os haré la mas franca despedida
Rogando á Dios que os ilumine el paso.

Y hablando así la cámara dejaron,
Y el oscuro camino que trajeron
Cuando de noche al camarín vinieron,
Volviendo á hacer, al comedor bajaron.

CAPITULO V.

Despedida.

Una hora despues y hallándose
En el cuarto en que la cena
Les sirvieron por la noche,
Del almuerzo en sobremesa,
Despidiéndose el mancebo
Del viejo y de su hija bella.
De este modo habian trabado
La conversacion postrema.

EL VIEJO.

¡Ea, pues! yo no he sabido
Perder la costumbre añeja
De marino, y aun celebro
En viaje ó amistad nueva
Con un generoso brindis
En la amistad cuando empieza.
Y en los viajes como es justo
A la ida y á la vuelta.
Con que así llegad el vaso
Y vaciemos la botella
Última de tostadillo
Que dió de sí la bodega.

EL FORASTERO.

Por mí, buen anciano, os juro
De buena fé, que quisiera
Que la amistad que hoy trabamos
Fuera entre las dos eterna.

EL VIEJO.

Nada puede ser eterno
Sobre la faz de la tierra
Pero contad con la mia
Mientras dure mi existencia.

EL FORASTERO.

Dios os la guarde señor
Hasta que cumplidos sean
Cuantos votos hayais hecho
Sobre la edad venidera.

EL VIEJO.

Solo uno, si no le logro
Amargará mi hora estreña.
Que es dejar la hija que tengo
Niña, sin estado y huérfana.

EL FORASTERO.

Señor no le cumple á un mozo
Que tan pocos años cuenta,
Por mucho que le disculpe
Su poder ó su nobleza
En ocasion semejante
Hacer semejante oferta;
Mas dispensad si me atrevo
A prometeros, que mientras
Respire Don Pedro Tellez

Y tener con honra sepá
Un techo que le cobige
Y un doblon que lo mantenga
No faltará á vuestra hija
Si otras mejores no encuentra,
Ni casa ea que viva honrada,
Ni espada que la defienda.

EL VIEJO.

¡Que os tome Dios vuestra noble
Generosidad en cuenta
Don Pedro Tellez! Y ahora
Que la ocasion se me rueda
A unas palabras de anoche
Pláceme daros respuesta.

D. PEDRO.

Decid.

EL VIEJO.

—Creo que digisteis
Que simpatia secreta
Vuestra alma hácia mi atraia;
Y yo de la mia en prueba
Quiero que sepais que tengo
Tal fé en la hidalguna vuestra,
Que á pesar de ser tan jóven
Puede ser que no eligiera
Otro que á vos, á mi muerte
Para encomendarle de ella.

D. PEDRO.

Predileccion tan honrosa
No sé cómo os agradezca;
Mas es la eleccion muy pronta
Y acaso no esté bien hecha.

EL VIEJO.

¡Oh! quien vivió tanto tiempo
Como yo, tiene esperiencia
De qué rostros y apellidos
Abonan á quien los lleva.
Pero noto que hemos hecho
La conversacion muy seria,
Y hemos pasado los límites
Acaso de la prudencia.
De todos modos, mancebo,
Servido habrá mi franqueza,
Para que hayais comprendido
Lo que mi alma os aprecia.

D. PEDRO.

Y al menos habrá la mia
Servido de daros puresa
De lo mucho que desde hoy
Vuestra sangre me interesa.
Y ya que como habeis dicho
Satisfecho en esta aldeá
Vivis con vuestra hija hermosa
Y con vuestra escasa hacienda,
Permitid que os deje al menos
Para que os traiga en mi ausencia
A la vuestra mi memoria,
De mi amistad una prenda.

EL VIEJO.

Para acordarme de vos,
Basta con vuestra presencia
Haber visto tan honradas
Nuestra casa y nuestra mesa
Y por lo que á prendas toca
Me haceis dar en la sospecha
De que vais nuestro hospedaje
A pagar de esa manera.

D. PEDRO.

¡No por Dios! Digeos el nombre
De mi casa solariega,
Digeos quién soy y que gozo
De favor y de opulencia,
Y ofrecido os hé el desquite
De esta hospedaje, en adversa
Ocasion, si así os pluguiere:
Mi paga pues ha sido esa.

EL VIEJO.

¡Oh de esa modo explicándolo!

D. PEDRO.

No dudo de que os convenza.

EL VIEJO.

Efugios son cortesanos.....

D. PEDRO.

Lo serán, muy norabuena.
Mas como tienden á hacer
Nuestra amistad mas estrecha,
Dejadlos pasar en gracia
Del buen intento que llevan.



Tanto más, cuanto que en vos
No empleándose la prenda
Que os quiero dejar aquí,
Si no en vuestra hija, es fuerza
Que no voluntaria dádiva
Si no tributo parezca;
Que en aras de la hermosura
Nada os doy, todo es ofrenda,
Y por fin como algún día
Decís que acaso suceda
Que sea vos (y á Dios no plazca,
A ampararse de mí venga:
No es demás que para entonces
Pueda tener manifiesta
Una prenda que reclame
Mi obligación y mi deuda.

EL VIEJO.

Tanta es vuestra cortesía,
Caballero, al ofrecérla,
Que vendrá á dar la repulsa
En desanunciación grosera.

D. PEDRO.

Con esta permiso pues,
Tendedme niña modesta
La hermosa mano en que os dejo
Este anillo, cuya piedra
No encontrará quien la tase
De hoy en vuestra mano puesta;
No por lo que vale en sí,
Sí no por estar en ella.

Y así diciendo D. Pedro
Tomola una á la doncella,
Entre sus dedos torneados
El rico anillo poniéndola.
Tiñó el carmin de la rosa
Las mejillas de azucenas
De Flor-del-Alba: quiso el viejo
Impedir que puesta fuera
La sortija; mas fué tarde,
Pues lo hizo con tal presteza
D. Pedro, que fué antes casi
El darla que el ofrecerla.

EL VIEJO.

Mal tales prendas en manos
De una labradora sientan;
Ni es justo que las acepte
Quien no puede en recompensa

Dar otra á aquel de quien viene

D. PEDRO.

Mas será á mi ver ofensa
Que ella rehuse aceptarla
Por prestaros obediencia.

EL VIEJO.

Si á ofensa habeis de tomarlo,
A elección de Flor se queda.

FLOR-DEL-ALBA.

Yo siempre la llevaré
En vuestra memoria puesta.
Mas tiene razon mi padre,
Pues ha de ver con vergüenza
Que no pude yo pagarosla
Con otra que digna fuera
De la que me dais.

D. PEDRO.

Escusa

Buscado habeis bien pequeña.
El mas minimo favor
De una hermosura, no hay prenda
Que pague en su valor justo;
Y si del favor en vuestra
Me dais una florecilla
Cultivada en vuestra huerta
Por vos, un clavel temprano,
Una estraviada violeta,
Un jazmin, ó una hoja sola
De un tiesto ó enredadera,
Que tengais, como otras suelen,
De vuestro cuarto en la reja,
Yo me daré por pagado,
Y aun me atrevo á hacer apuesta
De que antes perderéis vos
La sortija, que yo pierda
De la flor que me dais verde
Las caídas hojas secas.

Y aquí el manecho galan,
Reparando la severa
Faz del viejo, y el rubor
De la muchacha, á la escena
Puso fin, diciendo á tiempo
De dirigirse á la puerta:
Mas ya basta: avanza el día,
Y de este sitio me alejan
Necesidad y deber,
Que en mi viaje al par me empujan.

Y un cuarto de hora despues,
Partiéndose de la aldea
De Villaldemiro, el mozo
Dahó al palacio la vuelta,
Para tomar el sendero
Que por el sotó atraviesa,
Cuando al ir del edificio
Rodeando por la cerca,
Cayó un ramo de jazmines
Ante él, y sobre su senda,
Recogió al potro la hrida
Y levantó la cabaza;
Mas cuando vió la ventana
Sintió cerrar sus vidrieras.
Bijóse á tomar las flores,
Tornó á cabalgar, y mientras
Se alejaba á lentos pasos,
Fija la vista en la reja
Misteriosa, oyó una voz
Que entonaba detrás de ella
La cancion que oyó de noche
Diez horas hacia apenas.
Al generoso hridon
Volvió á refrenar las riendas,
Y permaneció escuchando
La lejana cantinela,
En meditacion profunda;
Y su imaginacion inquieta
Con los lances de la noche
Y del día, andando á vueltas,
Cruzó sin duda su mente
Luminosa alguna idea
Que á decision repentina
Le impelió; pues las espuelas
Aplicando al potro, á escape
Le hizo cruzar la pradera,
Y desapareció perdiéndose
Del sotó entre la arboleda.

CAPITULO VI.

I.

Partió el forastero
Por siempre quizás,
Y un día tras otro
Pasándose vá.
Tornó en el palacio
Cual siempre á reinar
Sombrio silencio
Monótona paz.
Tornó Flor-del-Alba
El curso á empezar
Que los mil que-haceros
Domésticos dan,
Los días enteros
Volviendo á pasar
Cual flor conservada
En fuerza de afán
Cerrada en el viejo
Doméstico hogar.
Tornóse al misterio
Que dos años há
Rodea el palacio
Do ocultos están
El viejo y su hija
Sin que hagan jamás
Mas viaje que á misa
El día al rayar.
La niña en las fiestas
Al Prado no vá
Del baile campestre
Ni un punto á gozar.
Y el viejo atraviesa
Tan soto el lugar
Los días de fiesta
Cuando al templo vá
Do quiera y con todos
Eterna é igual
Conserva severa
Reserva tenaz.
Con él en el pueblo
Tener amistad
Ninguno ha logrado:
Mas nunca en azar
Arduo, ni en peligro,
Ni en enfermedad,
Llegó uno á su puerta
Consejo á tomar.
O á pedir remedio,
Que en urgencia tal



Sin ser socorrido
 Volviera pié atrás.
 El viejo con todos
 Atento y cordial,
 Los males ajenos
 Diestro en aliviar.
 Siempre era él el árbitro
 Juicioso y capáz
 De hacer las discordias
 A todos cesar.
 Y pobres y tristes
 De su caridad
 Van en sus desdichas
 Consuelo á buscar.
 Acaso no hay uno
 Que á solas y allá
 En su alma no piense
 De aquel hombre mal;
 O envíe su suerte
 Su tranquilidad,
 O le odie porque hace
 Su suerte ignorar;
 Pues siempre la humana
 Condicion fué tal.
 Mas todos le acatan,
 Y todos á par
 Su ciencia aprovechan,
 Y todos están
 En que hay de aquel hombre
 En la gravedad
 De su faz tranquila
 Y noble ademán
 Un sello de oculta
 Superioridad.
 El mozo más rico,
 O altivo, ó audáz,
 No supo á su hija
 amante llegar.
 Aquella belleza
 Que cubre el sayal
 De moza villana
 Como á las demás
 Zagalas que habitan

El mismo lugar:
 Aquella muchacha
 Que puede á lo mas
 A pobre heredera
 De un pueblo igualar.
 De quién á las otras
 Diferencia no hay
 Si no en que posee
 Un campo herial
 Y un viejo palacio
 A medio arruinar;
 Tiene en la expresion
 De su bella faz,
 En su aire de cándido
 Pudor virginal,
 Y en todo su porte,
 Cierta magestad
 Que asaz la distingue
 Del tono vulgar
 De la gracia tosca
 Que en lo general
 De las mas opuestas
 Mozas de lugar.
 Salvages contornos
 Presta á la belleza.
 Y acaso no hay una
 Que á solas, y allá
 En su alma, de aquella
 Belleza ideal,
 No halle alguna falta
 De que murmurar.
 Mas no habrá ninguna
 Que á rivalizar
 Se atreva con ella;
 Ni alguna osará
 De la Flor-del-Alba
 Suponerse igual.
 No hay una que honrada
 No se crea asaz
 Si de deferencia
 Alguna señal,
 De la hermosa niña
 Consigue alcanzar.

Por mucho que de ella
 Murmuren detrás.
 Por más que la quieran
 Defectos buscar;
 Y altiva la juzguen,
 Y de vanidad
 La culpen, no hay una
 Que si ante el umbral
 Del viejo palacio
 Acierta á pasar
 Y allí Flor-del-Alba
 Por acaso está,
 No cambie con ella
 Saludo cordial,
 Y amable sonrisa,
 Que quiera indiciar,
 Que tiene la niña
 Con ella amistad.
 Y así en el aldea
 Pasándose van
 Los días de mayo:
 Y así en soledad
 El padre y la hija
 El débil torzal
 De la vida humana
 Hilan sin cesar;
 Dichosos gozando
 La felicidad
 De aldeanos, que viven
 Sin oro ni afán.
 Mas qué humana vista
 Puede penetrar
 Por un muro espeso
 Cual por un cristal?
 ¿Quién ver lo que dentro
 Se puede encerrar
 De aquel edificio
 De cuyo portal
 Ninguno del pueblo
 Podido ha pasar
 Ni mas que de fuera
 Lo ha visto jamás?

(Continuará.)

Las arengas.

Luis XIII decía, que las arengas que le habían obligado á oír sus súbditos, le habían hecho encanecer antes de tiempo.

¿Qué es hermosura? ¿Qué es belleza?

Para definir la idea fundamental de estas dos voces, sería forzoso recurrir á la oscuridad de las ideas metafísicas, que en lugar de aclarar lo que se quiere definir, lo envuelven en nuevas dificultades. Ninguna de las definiciones que se han dado de la belleza pueden satisfacer á todos los hombres, porque los juicios que sobre ella formamos dependen del temple particular, del carácter, y de las inclinaciones de cada uno. Así pues, remitiéndonos en cuanto á la esencia de lo bello y de lo hermoso al resultado de las sensaciones que cada cual experimenta, fijemos los límites que separan las dos voces. Esta diferencia pende mas bien de la aplicación que de ellas se hace, que de la idea primitiva que representan.

La hermosura es el objeto de deseo: la belleza lo es del gusto. Aquella conmueve nuestros sentidos; inflama nuestra imaginación, y nos atrae con un encanto irresistible. Esta excita el aplauso, satisface y contenta nuestra alma, y pone en movimiento nuestras meditaciones. La hermosura produce impresiones mas vagas, mas rápidas que la belleza: la belleza pide mas exámen, y su contemplación nos deja en un estado mas tranquilo que la hermosura. Caracterizamos un objeto de hermoso por cierta especie de instinto que no es dado al hombre moderar en su nacimiento; pero no damos el nombre de bello sino al objeto en que notamos una conformidad, mas ó menos exacta, con los principios que profesamos y los modelos que hemos forjado en nuestra imaginación. La belleza es mas artística que la hermosura; estriba en teorías mas fijas, y observa reglas mas seguras. Cuando se dice que un edificio es hermoso, se indica la im-

presión del conjunto, sin considerar las partes que lo componen; cuando se dice que es bello se juzga la obra del arte, la sabiduría del plan, el mérito de la ejecución.

GEROGLIFICO.

